

Orden, sistema y nueva sociedad internacional

El autor se plantea, ante la crisis del Comunismo, el debate entre sistema internacional y orden internacional. Lo acaecido, hasta ahora, apunta a que la desaparición del antiguo sistema bipolar, representado por el enfrentamiento Capitalismo-Comunismo, no ha generado un nuevo orden internacional. Rechaza la pretendida desaparición de las ideologías y discurre sobre lo que la realidad del Norte-Sur supone en el replanteamiento de las relaciones internacionales y en la constitución de una sociedad internacional, diferente de la que ha existido desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

Roberto Mesa *

Sistema internacional y orden internacional

LA generación de los hombres y el paso del tiempo consumen palabras y agotan mitologías. Así, durante

* Catedrático de Relaciones Internacionales de la Universidad Complutense. Secretario General de la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo.

largos años, se vivió el momento interminable de las crisis; cuando, por el contrario, los hechos mostraban tozudamente que las tales crisis estaban instaladas en las mentalidades pero no en los comportamientos. Las crisis, existentes o no, más o menos agudas, creaban esquizofrenias y amparaban paranoias con las que disimular la mediocridad de lo cotidiano.

Ahora, el mito de la crisis está siendo reemplazado por el mito de lo nuevo. Todo parece regirse a impulsos de motor de lo original, del culto a la novedad. En el ámbito científicamente modesto, aunque políticamente decisivo, de las relaciones internacionales, también prospera el morbo de la moda, del último grito, del envoltorio más aparente para un pensamiento vetusto. Así, en los tiempos vacilantes y crepusculares del final de la guerra fría, prosperaron mil propuestas que, flor de un día, no se atenían a la permanencia de lo esencial; o, en otros casos, las ofertas se limitaban a un mero nominalismo que se contentaba con cambiar de nombre a lo harto conocido. Aquí, en las relaciones internacionales, como en cualquier otra actividad intelectual, a la postre siempre se impone el retorno a los clásicos. Es decir, el estudio de aquellos que, sencillamente, reducen la política a la relación entre la fuerza y la moral. O, simplemente, a la elección permanente, cuando los medios lo permiten, entre el imperio del poder y las normas de la ética. Sin faltar nunca aquellos que intentan cohonestar ambos planos. En fin de cuentas, el quehacer internacional también es el arte de lo posible.

El olvido o el arrinconamiento de lo que es regla de oro en la construcción de la política, y también del mero pensamiento, fue posible porque, durante años, rigió el más inflexible de los enfrentamientos. Eran el Comunismo y el Capitalismo enfrentados a muerte, aun pasando por momentos de coexistencia pacífica; aunque estos últimos sólo registraban la fase terminal del modelo comunista agónico. Quizá, cuando se esté en disposición de la necesaria perspectiva histórica y se cuente con el imprescindible conocimiento documental, pueda descubrirse con perplejidad que la confrontación realmente existente era la que se daba entre dos maquinarias imperiales antagónicas que recubrían su rivalidad geopolítica con la vestimenta de la lucha ideológica.

Por ahora, posiblemente se trate de una hipótesis excesivamente aventurada. Sin embargo, ya se dispone de un dato fuera de discusión: el ocaso de la Unión Soviética vino precedido de su decadencia física, de la pérdida y desaparición de su articulación territorial, imperial. La emancipación de los vasallos del Pacto de Varsovia anunció la aniquilación del

imperio soviético. Por lo demás, el otro hegemon de la guerra fría, los Estados Unidos de Norteamérica, aparentemente vencedor de una guerra de más de cincuenta años, tampoco ha salido indemne de tan prolongado combate. Sus heridas económicas son muy profundas. Por añadidura, ya nadie discute que el poder universal no podrá ser ejercido en solitario, sino compartido con las nuevas potencias ascendentes. En el plano de las mentalidades colectivas, también merece reflexión el estupor y la falta de iniciativa con que Estados Unidos está asistiendo a la desaparición física de su antiguo rival.

La crisis real de la que venimos, ejemplarizada en los diversos capítulos de la guerra fría, propició la elaboración de un *sistema* que, también durante ese período, permitió el funcionamiento de las relaciones internacionales y el acomodamiento de la diplomacia y de sus reglas a unos mecanismos bien engrasados y mejor controlados. Era el que se llamó *sistema bipolar rígido* que se cimentaba sobre la hegemonía nuclear de las dos super potencias.

El *sistema bipolar* hizo posible que cada uno de los dos grandes diseñase su ámbito de influencia territorial, militar, política, económica y cultural; es decir, su marco imperial. Dos áreas de gran extensión, en cuyo interior todo le estaba permitido al líder del grupo, al más fuerte y poderoso. Un *sistema internacional* gobernado por una doble moral: todo para los que estaban dentro del *sistema* y nada para los que no se integraban en él. Aunque, en más de una ocasión, la incorporación se realizase por la fuerza y, frecuentemente, estuviese en función de la proximidad física a uno de los dos centros del poder.

El *sistema bipolar rígido*, sin contradecir lo anterior, no carecía de un elemental envoltorio ideológico que, en lo más álgido del enfrentamiento, era capaz de movilizar opiniones y sensibilizar conciencias. La lucha contra los fascismos y la defensa de los pueblos oprimidos no eran simples consignas enmascaradoras de designios satánicos. La lucha contra Hitler y el Tercer Reich sólo es inteligible totalmente en la Europa de los años treinta y durante la Segunda Guerra Mundial. Del combate contra el colonialismo puede decirse otro tanto. Desde el otro lado de la trinchera, la defensa de la libertad y de los derechos humanos fundamentales tampoco era un mero movimiento diversivo del capitalismo.

El mal era más grave y profundo. El debate ideológico real se centraba en el enfrentamiento entre dos tipos de sociedad irreconciliables. La llamada capitalista y la conocida bajo el nombre de comunista. En el

plano teórico, debían diferenciarlas muchas cosas; y, muy fundamentalmente, el que cada una de ellas generaba un tipo diferente de ser humano con mentalidades distintas. Consecuentemente, obedecían o se movían en universos de valores distintos y también perseguían metas no equiparables. Incluso aquellos conceptos claves para la conciencia y el desarrollo integral, se entendían con contenidos diversos. Y así ocurría con las grandes ideas de libertad, de igualdad y de justicia.

Si se fuerza la imagen, podría afirmarse que el *sistema internacional* no se correspondía con el *orden internacional*. Pero, antes de proseguir, se imponen algunas precisiones.

La más relevante es que tanto *orden* como *sistema* son términos ambiguos, y, lo que multiplica la confusión, es que en el lenguaje habitual, incluso en el científico, se han utilizado indistintamente, casi como si se tratase de sinónimos. De atenderse a las acepciones más rigurosas y sin agotar la cuestión semántica, la *Enciclopedia de las Ciencias Sociales*, en su Volumen IX, define un *sistema* como: «(1) algo que se compone de un conjunto (finito o infinito) de entidades (2) entre las que se dan una serie de relaciones especificadas, por lo que (3) es posible deducir unas relaciones de otras o, de las relaciones entre las entidades, el comportamiento o la historia del sistema».

Por su parte, el *Diccionario de uso del español*, de doña María Moliner, en su tomo segundo, define así el vocablo *orden*: «Manera de estar colocadas las cosas o de sucederse en el espacio o en el tiempo, cuando está sujeta a una regla o a una norma». Y, entre otros términos, se remite a los siguientes: armonía, razón, regla y método.

Desde 1945 hasta fecha muy reciente, 1989-1990, hubo un *sistema internacional* concreto, Este-Oeste, con un medio fluido de comunicaciones, de actuaciones y de respuestas, con unas reglas (no normas) primitivas de conducta que funcionaron elocuentemente, al menos en sus situaciones críticas; puesto que se conocían muy precisamente las limitaciones del *sistema*. En consecuencia, nunca hubo enfrentamiento armado directo entre los líderes, ni mucho menos entre los dos bloques militares. Regla de oro era, también, que cada uno de los dos hegemones era dueño y señor en el interior de su grupo. Y, por último, sin hacer la lista interminable, nunca se llegó a la utilización, ni tan siquiera preventiva, del arma nuclear; su utilidad era meramente disuasoria, aunque también haya servido, a la postre, para causar la quiebra económica de una de las partes, incapaz de soportar la carrera armamentística.

Frente a este *sistema*, al que ciertamente no puede calificarse de anárquico, aunque sí de injusto y desigual, también existió un *orden internacional*; entendiendo por tal un conjunto de reglas y de normas que aspiraban y aspiran al funcionamiento regular y equilibrado del *sistema*. Sin embargo, tal *orden internacional* ha sido escasamente aplicado y bastante menos respetado. De ahí, la tendencia sospechosa a confundir *orden* con *sistema*.

El *sistema bipolar rígido* engendró un *orden internacional* entero y restrictivo que únicamente sirvió para atenazar a los pueblos, empavorecidos ante la hipótesis posible de un holocausto nuclear. En tal realidad, no existía norma justa, sino la regla de la fuerza, del posibilismo y de la oportunidad.

No obstante, el pánico producido por la Segunda Guerra Mundial fue la catapulta que hizo posible la elaboración de un *nuevo orden internacional* distinto del que había regido hasta entonces. Comprobada la ineficacia del sistema de seguridad colectiva, puesto en pie en los años veinte por la Sociedad de las Naciones, y la esterilidad de la política de alianzas diplomáticas, propias de un tiempo caduco, en los días del fin de la gran contienda, se redactó y se aprobó la Carta de San Francisco. Su letra y su espíritu, adelantados a su época, se fueron desarrollando, luego, en la práctica de la Organización de las Naciones Unidas. Su conjunto doctrinal sí constituye un *nuevo orden internacional* que todavía no ha sido universalmente aplicado, ni tampoco objetiva y generalmente ejecutado.

Es decir, todo lo necesario para que funcione la *Sociedad Internacional* que, ahora mismo, se está gestando ante nuestros ojos, ya existe. Posiblemente, en los dos años anteriores, se daba una inadecuación entre lo real, la guerra fría, y lo posible o lo deseable, el *nuevo orden internacional*; la inadecuación que impidió su operatividad para construir una *Sociedad Internacional* distinta de la realmente existente. Es el proceso que el profesor Truyol Serra calificó como el de «La sociedad mundial en busca de un nuevo orden». Ocurrió, simplemente, que no eran compatibles lo viejo, aquella *sociedad internacional*, con lo nuevo, un *orden internacional* no individualizado, no exclusivamente estatalizado, sino colectivizado, universalizado; todo ello, en función de una eclosión de nuevos sujetos internacionales y de la aparición de poderosos y originales factores actuantes recíprocamente en la esfera interna de los pueblos y en sus actividades exteriores, cada vez más independientes.

Lo viejo y lo nuevo en las relaciones internacionales contemporáneas

A comienzos de 1992, la Sociedad Internacional surgida en 1945 y su *sistema bipolar* pertenecen al pasado. Vivimos un momento histórico en el que se entremezcla lo crepuscular que desaparece con lo germinal que todavía se ignora en qué consistirá. Pocas veces los humanos habrán podido asistir a la conjunción de tantos acontecimientos encadenados en tan breve período de tiempo. Desde 1989 hasta 1992 ha desaparecido todo un imperio y con él la ideología que lo sustentó, conduciéndolo a uno de los primeros lugares en la jerarquía mundial.

Desaparecieron todas las democracias populares, aquel *hinterland* defensivo de la superpotencia, y Europa recuperó no sólo su centro, sino también su oriente. Incluso, ha desaparecido la propia unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. En una época en la que los expertos afirmaban solemnemente que, tras la descolonización, ya se había completado el elenco estatal, surgen nuevos Estados y aparecen otros cuya independencia había sido secuestrada por la injusticia.

Minorías nacionales olvidadas enarbolan banderas que habían sido relegadas a las vitrinas de los museos. La piedra angular del derecho internacional contemporáneo, el principio de autodeterminación de los pueblos, pensado mezquinamente sólo para las comunidades sometidas al colonialismo, es, hoy día, el estandarte que preside la marcha hacia la soberanía de viejos y nuevos estados en Europa. Toda la minoría nacional aspira a la posesión de su propio y particular estado.

Habría que agregar, sin embargo, que esta exaltación de la libertad ha discurrido fuera de cauces racionales y con desconocimiento del ordenamiento político y jurídico internacionales. Ciertamente que en algunos de los países europeos ahora emancipados se han seguido escrupulosamente procesos democráticos; pero, en otros, la reconquista de la libertad está todavía bajo sospecha y con escasas garantías de continuidad. El caso más ejemplar es el de la propia Unión Soviética. Nada ni nadie garantiza que no vayan a reproducirse idénticos modelos autoritarios bajo colores diversos.

Por otra parte, en la Comunidad Internacional, amén de las anteriores inquietudes democráticas, ha primado la preocupación por el mante-

nimiento de la paz. Buena muestra de lo anterior ha sido la obsesión, hartamente comprensible, por el control del armamento nuclear en las distintas repúblicas que han sucedido a la extinta Unión Soviética. El resto, es decir, la población y su opinión, las cuestiones étnicas y nacionales, los problemas fronterizos y territoriales, la gravedad de la situación económica, la disgregación cultural, se ha considerado en función de la seguridad militar.

Ilustración de ello es la precipitación con la que se ha soslayado la sustitución de la antigua Unión Soviética por la Federación Rusa y por la todavía imprecisa Comunidad de Estados Independientes, más una apuesta de futuro que una realidad tangible. Tema tan importante como el de la sucesión de Estados, vital para el buen funcionamiento del ordenamiento internacional, ha sido eludido con un par de buenas palabras, ni tan siquiera con una declaración, más o menos enfática y solemne, de principios. En cualquier caso, se ha procedido con un apresuramiento cuando menos sospechoso. Es lo mínimo que puede afirmarse si, por el momento, se subraya de qué forma ha sustituido la Federación Rusa a la Unión Soviética en el sillón permanente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, incluido el derecho de veto.

A buen seguro, hay una notable carencia de experiencias anteriores en lo concerniente al derrumbamiento vertiginoso de los imperios. Puede que así sean los momentos decisivos del transcurrir histórico. Pero, en cualquier caso, lo que sí parece muy cierto es que todo lo que acontece, en los dos últimos años, se desarrolla en la esfera de lo excepcional, cuando no en el campo de lo más inmediatamente original, de lo inédito por su carácter de inesperado. De ahí, lógicamente la ausencia de respuesta y la tendencia a reproducir comportamientos ya experimentados aunque finalmente resulten ineficaces ante la magnitud de los sucesos.

La desaparición de un imperio

LA caída, crisis o fracaso del primer Estado comunista, que no del *socialismo real*, como falazmente era denominado desde el campo adverso, ha tenido y tiene una serie de consecuencias de todo tipo. No es intención de esta simple aproximación establecer el catálogo completo de efectos y de repercusiones. Por lo demás, todavía

habrá que aguardar algún tiempo para conocer todos aquellos efectos y sus magnitudes. Pero, desde la perspectiva de las relaciones internacionales, deben enfatizarse dos aspectos estimados de particular relevancia.

En primer lugar, es obligado considerar rigurosamente lo que supone el fracaso comunista en la valoración y cuestionamiento del factor ideológico. Debe señalarse, de inmediato, que en este aspecto también actuó nocivamente el escenario de la guerra fría; ya que, con su contundencia, pareció reducir el complejo ideológico al mudo enfrentamiento entre Comunismo y Capitalismo. Más de un irreflexivo observador supuso que esta rivalidad era la única ideología existente en las relaciones internacionales, en particular, y en el mundo de las ideas, en general. Por ello, se concluyó sonoramente que el fin de aquella ideología, es decir, el fin del comunismo, marcaba el fin de la historia. Por fortuna, ya que la realidad es mucho más rica que los esquemas simplificadores, se está comprobando sobre el mismo terreno de la historia que el factor ideológico continúa gozando de buena salud. El fracaso del comunismo no supone, de ninguna de las maneras, el fin de las ideologías. El ser humano, por su misma esencia, es portador de símbolos y de imágenes orientadas al cambio y a la modificación de una realidad que, con razón o sin ella, se considera imperfecta. Quizá, al contrario, la aniquilación del comunismo haya significado la desaparición de un dique que obstaculizaba el retorno de viejas mentalidades colectivas o la puesta en marcha de nuevos proyectos dinámicos. Por lo demás, sería frívolo añadir que la permanencia de la injusticia invalida el comunismo, pero no aquella sed de insatisfacción que le sirvió de palanca movilizadora. Equivaldría a confundir las causas con los efectos. El fin del comunismo no significa la entronización del Reino de la Justicia en la Ciudad de Dios. Es muy posible que nos hallemos en vísperas, si no lo vivimos ya, de un espectáculo mundial en el que el factor ideológico recobre unas dimensiones de valor excepcional. Tiempo habrá, en otro lugar, de atender más detenidamente al reto que actualmente debe afrontar el socialismo en una izquierda en la que ocupa hegemonícamente casi todo su espacio; y no sólo el ideológico, sino también y muy especialmente el político y el económico. La desigualdad económica, la discriminación política y cultural, la ausencia de libertad y otras tantas maneras de explotación del ser humano, mucho más sutiles que las conocidas tradicionalmente, son otros tantos estímulos que demandan respuestas de la imaginación ideológica. De movernos en otros meridianos políticos, la exacerbación de los nacionalismos y el renaci-

miento de movimientos espiritualistas y religiosos, como factor aglutinador de comunidades concretas, son otras tantas modalidades antiguas del denostado factor ideológico.

En segundo lugar, la difuminación del enfrentamiento Este-Oeste, Comunismo-Capitalismo ha dejado al desnudo la radicalidad de la realidad que opone o puede oponer al Norte y al Sur. Tampoco aquí debe hacerse literatura bajo el ropaje de la demagogia. Verdad que hoy ya no puede hablarse del abismo que, años atrás, cada vez se hacía más profundo entre el mundo industrializado y el del subdesarrollo. La realidad actual nos presenta una frontera cada vez más tenue entre ambos círculos; una línea cada vez más débil entre los sureños del Norte y los norteños del Sur. Al tiempo que también se está produciendo una fragmentación en el seno del que antes se consideraba monolítico bloque tercermundista. Así, una buena parte de América Latina comienza a superar gran parte de sus problemas económicos y, dejando atrás autoritarismos, populismos y militarismos, se instala en la democracia. Mientras que, por el contrario, el Africa Subsahariana se sepulta en un inframundo de muerte y de hambruna.

La realidad del Sur

MÁS allá de otras distinciones y bajo la denominación que finalmente se adopte, salvo la acientífica y peyorativa del Tercer Mundo, el Sur existe y es una realidad agobiante que amenaza seriamente la estabilidad mundial y sumerge el planeta en una pesadilla de injusticias y desigualdades.

¿Qué es, de dónde viene y hacia dónde va este Sur que recubre una superficie mucho más amplia que la que representa su artificial distribución geográfica? En los últimos tiempos, se ha puesto de moda afirmar que la imputación colonial a la existencia del Sur es poco menos que una entropía literaria. Y, al no encontrar otro razonamiento, se echa mano de la teoría de los climas o de las deficiencias colectivas de los pueblos olvidados de Dios o condenados por la historia. Observaciones que no logran disimular una torpe combinación de racismo con etnocentrismo cultural europeo o nórdico. Bastaría recordar lo que fue la ocupación colonial europea, desde el siglo XVI hasta bien entrado el XX, para echar por

tierra doctrinas tan interesadas como las que ahora cobran curiosa vigencia. Y cuando, como es usual, se aduce el ejemplo de Canadá o de los Estados Unidos de Norteamérica, se oculta o se ignora que ambas fueron colonias de emigración europea y de exterminio del indígena, que poco o nada tuvieron que ver con las experiencias desarrolladas en el resto de los imperios coloniales. Otro tanto puede decirse cuando, mirando al continente asiático, se ofrecen los ejemplos de China y de Japón; ejemplos que si algo ilustran vigorosamente es la capacidad del rechazo cultural, en pueblos de civilización avanzada frente a presencias extranjeras de inferior rango cultural.

Sin mayor delectación ni falsificación histórica, la realidad del Sur viene determinada por una serie de indicadores que en modo alguno se presentan al Norte de esa divisoria infamante; indicadores que, huelga decirlo, no son fruto del azar, ni tampoco se deben a designios insondables de los dioses. Indicadores que hacen referencia al Producto Interior Bruto, a la Renta Nacional per capita, a la explosión demográfica, a las esperanzas y a la edad media de vida, a la mortandad infantil, a la insalubridad, a las epidemias y a las pandemias, etc. Por no mencionar el monocultivo, el analfabetismo, el autoritarismo, la ausencia de libertades, la generalidad y la brutalidad de las discriminaciones y otro largo etcétera.

Ciertamente, estos indicadores no tienen ya la rotundidad de los años cincuenta, ni tampoco un alcance idéntico en todo el Sur. Especialmente, como ya ha sido apuntado, porque se han producido fracturas en el seno de este inframundo del Sur que ha demostrado, sobradamente, una indiscutible movilidad; un dinamismo que conduce a algunos de estos pueblos a incorporarse a la franja inferior del Norte. El caso latinoamericano está entre los más notables. Algunos también apuntan los supuestos de industrialización acelerada vividos por varios países de Extremo Oriente y de la Cuenca del Pacífico (Corea del Sur, Taiwan, Singapur, Hong Kong); aunque, en estos casos, no se valoran oportunamente los costes desproporcionados que están pagando estos pueblos en términos de una carencia casi absoluta de todo tipo de libertades (sociales, políticas y económicas). Dinamismo que, justo es señalarlo, ha actuado en otras áreas en sentido negativo; como es el caso del Africa Subsahariana, donde no es que se vivan situaciones de estancamiento, sino de monstruosa regresión en los términos más elementales de subsistencia. Caso aparte es el representado por el Mundo Árabe que se debate dramáti-

camente entre la modernidad y la tradición, complicado por un ascenso que parece irresistible de un poderoso factor ideológico, el Islam.

No obstante, aunque sea de forma tentativa, es posible detectar algunos rasgos principales que, más o menos genéricamente, caracterizan a los pueblos encuadrados en el Sur; rasgos que, por añadidura y con las excepciones apuntadas, han ido incrementándose.

En primer lugar, aquella especificación típica que define el desarrollo desigual ha experimentado una seria profundización; que, en términos extremos, podrían definir al Sur como la zona mundial que produce para el Norte y consume todo lo procedente del Norte, en magnitudes económicas cada vez más onerosas.

Debe señalarse, en segundo lugar, que también ha sufrido un severo aumento la dependencia económica del Sur con respecto al Norte. Su más dramática ilustración es la registrada por las cotas insalvables de la Deuda Externa. Problema que no alcanzará solución mientras no cambien las reglas y la estructura que rige la economía internacional y sus intercambios.

Es obligado apuntar, en tercer término, a la profundización de la dependencia tecnológica del Sur. El factor científico-técnico que, objetivamente, es un factor de progreso, se ha convertido en un nuevo instrumento de dependencia. Son rarísimas las transferencias tecnológicas que se operan desde el Norte al Sur y, en estas contadas ocasiones, casi siempre se transfieren las tecnologías más obsoletas. Este factor no sólo debe entenderse en términos económicos, sino también en clave de sometimiento cultural e ideológico.

En cuarto lugar, el Sur ha continuado desempeñando su función tradicional de mano de obra barata disponible, al servicio del Norte industrializado. Este factor de naturaleza demográfica es uno de los que, en un futuro que ya es presente, cumplirá uno de los papeles más destabilizadores en las relaciones entre el Norte y el Sur. El asalto, aunque sea clandestino, o sea mucho más dramático, del Sur hacia el Norte, así como la ausencia de respuestas en el Norte, salvo las meramente policiales y discriminatorias, puede generar serios conflictos no sólo económicos, sino también raciales y políticos.

En quinto lugar, no es desproporcionado señalar otra función que el Sur desempeñó en los tiempos de la guerra fría y que se ignora si se repetirá en el futuro. Aludimos al Sur como escenario, tristemente privilegiado, donde han tenido lugar todos los conflictos armados habidos en el

mundo desde 1945. Mientras el Norte vivía en un peligroso clima de paz armada, pero paz al fin y al cabo, el Sur fue azotado por cerca de dos centenares de guerras. Quizá esta función bélica no tenga lugar en los tiempos venideros, ya que el espectro de la guerra ha puesto de nuevo su pie en Europa y nada garantiza que el drama yugoslavo no pueda extenderse a otras zonas de los Balcanes o de Europa Oriental.

En sexto y último lugar, todo parece apuntar a que el diseño económico puesto en pie durante la década de los años sesenta tiende a perfeccionarse y hacer todavía más rigurosa la dependencia del Sur con respecto al Norte. Diseño que estaría, o está ya, presidido por la siguiente tríada: división internacional del trabajo, división internacional de la producción en internacionalización del capital. El conjunto presidido por el doctrinarismo neo-liberal, que ensalza las virtudes de la economía de mercado, incluso en aquellos lugares del Sur donde hablar de mercado es una metáfora.

Esta enumeración, no exhaustiva, de los rasgos caracteriológicos de un Sur móvil y cambiante, que en sus crestas más elevadas puede unirse al Norte bajo condiciones, y en sus extremos más bajos naufraga en la muerte y en el olvido, se expone con todas las cautelas pertinentes. Pero, evidentemente, el fracaso del comunismo, sumido en el hundimiento del Leviatán estatal soviético, no entra en contradicción con la persistencia de una situación económica, de esencia injusta, imperante en la actual Sociedad Internacional. Las virtudes del neo-liberalismo económico no incluyen, en medida alguna, la desaparición de las desigualdades y la lucha contra los modelos de explotación, aunque ahora se hayan universalizado.

Otra Sociedad Internacional

TODO lo anterior, si se acepta como válida la constatación de que ha cambiado el *sistema internacional*, pero aún no se ha instaurado un *nuevo orden internacional*, teórica y doctrinalmente ya existente, conduce a otra interrogante. Esta división universal del planeta entre el Norte y el Sur, que se ha considerado únicamente en términos de conflictividad, aunque jamás debiera olvidarse la posibilidad de la complementariedad, ¿en presencia de qué *Sociedad Internacional* nos sitúa?

En la década de los años cincuenta y sesenta, los internacionalistas siempre tenían una frase bien dispuesta a brotar de su pluma: la universalización de la *Sociedad Internacional*. Incluso, algunos estudiosos más optimistas y mejor intencionados sublimaban sus deseos en otra aseveración todavía más rotunda: la democratización de la *Sociedad Internacional*. Cada época tiene sus mitologías y sus frases movilizadoras, sus consignas. Quizá, en el tiempo a que nos referimos, se confundió una vez más la realidad con los deseos. Pero, por mucho que se desee, las buenas intenciones carecen de la capacidad necesaria para modificar la realidad.

Aun dejando de lado, siendo como es tema de reposada discusión, la distinción entre comunidad y sociedad que abusivamente se ha venido utilizando, casi siempre a través de una lectura indirecta, y ateniéndonos únicamente al término *Sociedad Internacional*; incluso, dando por moderadamente válido lo hasta ahora escrito sobre la cuestión societaria, a la luz de los sucesos que vienen acaeciendo en las relaciones internacionales, convendría hacer algunas reflexiones sobre esta *Sociedad Internacional*, en cuyo escenario se está produciendo el tránsito al siglo XXI. Las verificaciones, expuestas al sentido tradicional de tesis, son las que siguen:

— *La Sociedad Internacional* actual es universal y está fragmentada, a un mismo tiempo. Universal porque ha finalizado la división que la escindió durante casi todo el siglo XX. Fragmentada porque universalización no significa homogeneidad, sino una radical diversidad en términos sociales, económicos y culturales, fundamentalmente.

— *La Sociedad Internacional* actual es diacrónica. Lo que, en término prestado de la lingüística, significa que la fragmentación está también representada por la sociedades particulares que, en un mismo tiempo físico, viven en tiempos históricos muy distintos. Desde aquellas comunidades humanas ya instaladas en el siglo XXI hasta aquellas otras que, consideradas benévolamente, todavía no han llegado al siglo XIX o, incluso, aún permanecen en meridianos que pueden equivaler a los del feudalismo.

— *La Sociedad Internacional* actual es desigual e injusta. Resultaría excesivo subrayar la vigencia de estos dos calificativos tan presentes, por citar un solo supuesto, en los términos de intercambio que presiden la economía mundial y el comercio internacional. La insistencia puede desembocar en sadismo intelectual.

— *La Sociedad Internacional* actual está escasamente integrada. Aquí, convendría hacer alguna matización. En el Sur, pese a muchos esfuerzos,

han fracasado consecutivamente los proyectos de integración regional; en este sentido, sería esperanzador que finalmente se diesen los tan esperados pasos en América Central y en Suramérica, para la construcción de grandes unidades regionales. En el Norte, por el contrario, la realidad de la Comunidad Europea, en trance de pasar a Unión Europea, ha significado un avance de alcances insospechados en el camino de la supranacionalidad. Sin embargo, la desaparición de la Unión Soviética y de su imperio ha supuesto en el continente europeo el desencadenamiento de peligrosas fuerzas centrífugas que, bajo el pretexto legítimo a la autodeterminación, están suscitando antiguos y peligrosos nacionalismos que, años atrás, desembocaron en racismos y fascismos.

— *La Sociedad Internacional*, para merecer justamente este nombre, tiene que recorrer todavía un largo trayecto orientado hacia el fin último de su institucionalización. Aquí, en concreto, es donde debiera desempeñar una función capital la instauración y aceptación mundial del *nuevo orden internacional*. Una organización de las Naciones Unidas, renovada y puesta al día, representativa de la nueva realidad internacional y no del pasado histórico, sería el motor privilegiado de este imprescindible proyecto universalizador.

— *La Sociedad Internacional* actual está culturalmente enfrentada. Afirmación que debe entenderse en un doble sentido. El reconocimiento de la diversidad cultural, hecho enriquecedor de la realidad internacional, es un dato no sólo positivo, sino también absolutamente imprescindible. El reconocimiento y la admisión de la realidad nunca es un hecho negativo. Pero, en un sentido adverso, el enfrentamiento entre círculos culturales puede ser un elemento provocador de conflictos de notable intensidad y capaces de alterar la paz y la seguridad mundiales o, cuando menos, regionales. A este respecto, interesan algunas matizaciones. La primera, un tanto arriesgada, sería señalar que el conflicto Este-Oeste nunca tuvo caracteres de choque cultural; posiblemente, fuese, en último término, una forma extrema de ilustrar la rivalidad imperial entre las dos Romas, resuelta a favor de la Occidental. La segunda matización consistiría en recordar que la experiencia histórica demuestra varias maneras de resolver los choques culturales: la imposición de la más poderosa, el rechazo de la más débil y el mestizaje cultural. Esta misma experiencia enseña que los enfrentamientos resueltos por la violencia nunca han solucionado los problemas de fondo; simplemente, los han aplazado, empeorándolos. Y que, en el mismo sentido, las salidas sincréticas han sido las más positivas

y enriquecedoras. La experiencia que ahora mismo está desarrollándose, nos trae a la memoria oportunamente que la realidad Norte-Sur puede revestir un carácter agudo, conflictivo, si desemboca, como es de temer, en términos culturales. Como ha escrito Juan Goytisolo: «La cultura no puede ser hoy exclusivamente francesa, española, inglesa, alemana, ni siquiera europea, sino plural, mestiza y bastarda, fruto del intercambio y la ósmosis, fecundado por el contacto con mujeres y hombres pertenecientes a horizontes lejanos, diversos».

Ciertamente, todas las reflexiones contenidas en esta meditación particular no pueden finalizar, al modo académico establecido, con la elaboración de unas conclusiones. Escribir sobre el día de hoy prohíbe, en nombre del buen sentido, anticipar hechos y evoluciones que están fuera de nuestra comprensión. En circunstancias como las presentes, lo único seguro es la inseguridad.